



EL HORIZONTE VERDE

J. Corrons



Prólogo

El clamor de la gente era un trueno en la tempestad. Sus pisadas, tambores de guerra. Sus cánticos reclamaban libertad y su furia... Su furia era una chispa. La chispa que encendía el fuego. El fuego humano que ardía hasta consumirlo todo a su paso.

Ya no había marcha atrás.

La Tierra se había despertado y los engranajes empezaban a girar de nuevo. La historia era un aro macabro al que uno se aferra por temor al vacío que lo rodea. Dio un paso atrás, esperó a que la columna de manifestantes siguiera su curso y caminó en dirección contraria. Tardó poco en llegar a su destino.

El museo general de Ciudad Siete había sido abandonado tiempo atrás. Años de precariedad, desinterés por parte de la población y falta de presupuesto transformaron aquel archivo de la historia del planeta en un meadero. Podía decirse lo mismo de toda la zona en la que se encontraba. La valla exterior, asegurada con una cadena, pero sin ningún candado que la bloqueara, estaba abierta. Entró en el edificio a través de unos tablones

y descendió las escaleras iluminadas por las señales de emergencia fluorescentes. No tardó en toparse con dos yonquis de género no identificado, se deshizo rápidamente de ellos.

La primera estancia que encontró estaba mejor iluminada. Un cartel de bienvenida parpadeaba al ritmo de un corazón moribundo. Parecía aferrarse a la poca fuerza que le quedaba para seguir cumpliendo su cometido, día tras día, minuto tras minuto.

Avanzaba por un oscuro y enmohecido pasillo cuando mil y un destellos lo alcanzaron. Tuvo que cerrar los ojos ante tal despliegue de luz. En esa amplia estancia las pantallas aún funcionaban, mostrando la que una vez fue la prolífica y variada vida de la Tierra. Montañas rebosantes de vida; selvas llenas de animales, árboles verdes y pájaros cantores; océanos con miles de peces y organismos de colores. Antiguos sueños que se arremolinaban a su lado y flotaban por encima de su cabeza gracias a los más de trescientos metros cuadrados de pantallas. Incontables formas de vida desaparecidas o cuya existencia pendía de un hilo, todas recreadas con inteligencia artificial, desplegadas en aquel lugar para la diversión de las masas. Un hito de la falsedad y mediocridad humana. Se sintió asqueado.

—¿Qué has hecho con ellos? —una voz rompió el silencio.

Rioc estaba sentado tranquilamente con la espalda encorvada en un banco de piedra de unos dos metros de largo. Sus brazos largos descansaban plácidamente entre sus piernas; sus manos sujetaban suavemente un libro abierto. Tenía la mirada clavada en la gran pantalla.

—Duermen —contestó.

—Curioso, pensaba que los matarías. —Rioc no apartó la mirada de las imágenes. Sus palabras flotaban en el aire cargadas de una enigmática serenidad.

—Una decisión así no se toma a la ligera —aclaró—. Matar no es una simple transacción.

—Todo es una simple transacción; la muerte, la más simple de todas. La solución más sencilla a todos los problemas complejos. —El chico sonrió, se frotó la cara y lo miró—. Las consecuencias son el problema.

—Si me has hecho bajar hasta aquí para regocijarte en tu elocuencia, ahórratelo. —Hizo ademán de irse. No iba a perder la tarde escuchando filosofía barata de la boca de ese niñoato.

—El Nido está lleno —las palabras de Rioc adquirieron seriedad—. Tamur ha movido ficha. Es momento de actuar.

Se detuvo y cerró los ojos. Había trabajado para Rioc durante tanto tiempo que debería estar acostumbrado a su arrogancia, pero no. Investigaciones, palizas, espionaje, asesinatos— había hecho cosas impensables para aquel hombre bajo el emblema de una causa que consideraba justa. Las acciones que lo llevaron a involucrarse en esa cruzada idealista fueron desafortunadas, pero el tiempo había sanado su pesar. Entendía que alguien debía interponerse entre la humanidad y sus inevitables ansias de destrucción. Alguien debía luchar, y él lo había hecho sin dudar ni una sola vez. Por eso no iba a permitirle que cuestionara su capacidad resolutive ni su moral.

—Veo que el libro del científico muerto te gustó —reanudó la conversación tras haberse calmado.

Rioc bajó la mirada al viejo manuscrito que tenía entre las manos y sonrió.

—Tanto como una ventana al futuro.

Sufrió mucho para conseguir aquel tomo destartado. A simple vista parecía una novela de ciencia ficción barata. Una de esas obras que surfea bajas estanterías y culos de mesa hasta perderse en un mohoso desván. La típica obra relegada a ser el libro favorito de individuos que no salen de su habitación y cuya única interacción es en foros minoritarios del Universo Paralelo para comentarla. A decir verdad, Rioc era ese tipo de persona, o por lo menos las apariencias así lo dictaban. Pero nunca nada era lo que parecía ser. Había aprendido eso hacía mucho tiempo. Por eso no se molestó en preguntarle por qué lo quería. Se sentó a su lado y observó la pantalla que tanto parecía cautivarlo.

—Si tus superiores se enteran de esto...—

—Te acompañaría en tu misión. —Cerró el libro y lo miró—. Un final de lo más irónico, daría para una buena historia. Dos agentes con intención de unir de nuevo la Tierra con un planeta odiado por todos los terrícolas, condenados a morir en él.

Su frase quedó ahogada por el clamor de la gente en la calle. La manifestación parecía haber tomado una nueva ruta, o un nuevo enfoque.

—¿Acallar esas voces no es tu especialidad? —preguntó mirando fijamente la puerta. Se oían pasos y gritos por doquier.

—Tranquilo. —Rioc levantó la mano y apretó con el pulgar el anillo interactivo que llevaba en el dedo anular. Se oyó un clic seguido de un pasador

bloqueando la puerta—. No es el momento. Todo sirve un propósito y el suyo nos viene bien para lo que queremos hacer.

No sabía si esa acción lo tranquilizaba o perturbaba. Era increíble hasta dónde llegaba el nivel de control de aquel misterioso espécimen.

—¿Lo has provocado tú?

—¿Yo? ¿Por qué iba a luchar contra un sistema que funciona? Lo que la WUN ha logrado es estable y eficiente. *World United Nations*, el primer sistema de gobierno que abarca toda la tierra, unida, bajo un mismo emblema. Derribarlo no tiene sentido, sería ir hacia atrás.

—Y, sin embargo, aquí estamos conspirando contra ellos.

—Yo conspiro *con* la WUN, no *contra* ella. Que no lo sepan es otra historia. Son demasiado viejas y miopes para darse cuenta de lo que viene. Pero acabarán por verlo.

En la pantalla la vida marítima seguía tranquila, imperturbable, teñida con sus característicos tonos azules y esmeralda. Desvió la mirada y bajó la cabeza. Tantas luces lo estaban agobiando, demasiados pensamientos le cruzaban la cabeza.

¿Era eso lo que estaban haciendo realmente? ¿Estaban ayudando a la WUN en vez de tramar contra su estructura? Había trabajado para el gobierno central desde pequeño y, aunque había llevado a cabo muchas misiones para Rioc, jamás se había sentido igual que en ese instante. La academia era su verdadero hogar, sus recuerdos más felices y dolorosos tenían lugar ahí. Sus padres le abandonaron al nacer, su identidad era de la WUN. Nunca nadie lo obligó a alistarse al ejército o a convertirse en agente. Nunca nadie le pidió que entrenara para espiar o matar. Una vez adquirida la mayoría de edad, cada huérfano era libre para perseguir el empleo que más le gustara, pero él siempre lo tuvo claro. Él lo escogió. Le habían dado tanto sin pedir nada a cambio. Debía colaborar. Quería devolverlo todo. No tardó en ascender entre las filas, logró una posición de respeto y autoridad. Era bueno en lo que hacía y le recompensaban justamente por ello. Le habían dado la vida, ¿y así se lo pagaba? Volvió a mirar a Rioc, pero esta vez no sentía intriga ni aborrecimiento, sino rabia.

—Lo que me pides es alta traición. Podría entregarte o podría partirti el cuello y nadie encontraría tu cuerpo. —Se levantó.

Rioc era muy inteligente, seguramente la persona más inteligente que había conocido jamás. Lo tenía todo siempre bajo control y era capaz de

predecir los movimientos de sus adversarios con una rapidez asombrosa. No obstante, sabía de sobras que no era un luchador.

—Cierto. Pero eso sería una estupidez y tú no eres estúpido.

—¿Estás seguro? La WUN te echaría en falta, eso seguro, pero si te corto a pedazos y esparzo tus restos por este sitio en ruinas, algún día se cansarán de buscarte.

Sus miradas se cruzaron. Ambos permanecieron en silencio, inmóviles, expectantes, hasta que el chico desvió la mirada y esbozó una leve sonrisa.

—Justo a tiempo, como siempre.

Una gran sombra se cernió sobre él. Desenfundó el cuchillo y se giró listo para matar a su atacante. Unos dientes enormes lo hicieron reaccionar, las burbujas y la sangre se mezclaban en una danza macabra. El silencio sepulcral lo perturbaba. Dio un paso al frente, alterado, listo para todo, pero no sucedió nada. Cuando recobró la sensatez, se dio cuenta de que los dientes pertenecían a un enorme tiburón que había aparecido en la pantalla interactiva. El gigantesco ejemplar daba caza a otro monstruo histórico. Volvió a mirar a Rioc, pero notó algo extraño. El chico no estaba mirando al gran depredador, tenía la mirada fija en una criatura de lo más común que nadaba a sus anchas en una esquina de la pantalla. Una de las únicas criaturas que todavía poblaban los extensos pero deteriorados mares de la Tierra: una medusa.

—Nadie se da cuenta —empezó el chico. Su voz volvió a adquirir el tono solemne—. Siempre ven al gran tiburón y a su enemigo, la gran batalla por el dominio del océano. Todos lo conocen, lo admiran, lo temen... el mejor depredador que ha existido jamás. Y está extinto. Ser el más conocido no siempre es lo mejor. Ni ser el más grande, ni el más bonito. —Cerró los ojos y soltó una carcajada—. Dime, ¿quién crees que vio lo que acaba de hacer ella? —Rioc señaló a la pequeña criatura en forma de globo—. Nadie, en los más de cincuenta años que este museo estuvo operativo. Nadie la vio porque nadie la estaba mirando, nadie nunca la mira. Tan común, tan normal, tan... simple.

Rioc volvió a tocar su anillo interactivo y las imágenes del mar cristalino fueron sustituidas por unas aguas de color azul oscuro llenas de partículas flotantes. Era el océano actual: destruido, contaminado con millones de toneladas de veneno. La cámara empezó a sumergirse en aquellas densas aguas, revelando algo asombroso: miles de medusas nadaban por doquier formando una manada de colores fluorescentes.

—La inmortalidad no es una fórmula secreta, no es un frasco de color verde que te da poderes —prosiguió Rioc—. La inmortalidad es adaptarse, sobrevivir, luchar y prevalecer. Ese es el objetivo de la humanidad. Y por eso estamos aquí. Por eso te pido que cometas un crimen a sangre fría. Por eso te pido que vayas voluntariamente a la más grande y peligrosa cárcel que ha conocido el ser humano en busca de algo que ni tan solo sabemos si existe. Por eso te pido que vayas a Nova. Olvida a los grandes depredadores, olvida a los protagonistas: la WUN, los clanes; olvida a Astrea. —Los ojos de Rioc brillaron bajo la luz artificial de las pantallas. Era como si su alma se hubiera activado tras mencionar aquellas palabras—. Nuestra misión es la supervivencia de la especie humana. La lluvia de fuego está al caer y alguien debe asegurar nuestra adaptación a los cambios.

Millones de medusas flotaban esparcidas por todas las pantallas de la habitación. Las turbias aguas contrastaban con sus colores y extrañas formas. En aquel momento se dio cuenta de algo: nunca había visitado un museo. Nunca se había preocupado por la historia del mundo, no sabía cómo era nada fuera de su realidad actual. Sin embargo, aquellas imágenes lo enfurecieron. Era extraño sentir nostalgia por algo por lo que nunca antes se había preocupado o visto. ¿Cómo podía doler tanto perder algo que ni siquiera sabías que existía? ¿Cómo podía doler tanto abrir los ojos?

—Si lo hago, quiero la certeza de que será lo último. Mi deuda estará saldada —dijo tras unos segundos de meditación.

—Si lo haces, podrás descansar en paz.

El plan de Rioc requirió semanas de preparación y reuniones clandestinas antes de pasar a lo que él se refería como «el primer último paso». Las semanas previas al desenlace se reunió con el escuadrón que la WUN había asignado para la misión, tal y como Rioc predijo. Ya tenía una idea de quién serían antes de verlos, no había tantos agentes en las filas de la WUN que pudieran escapar la atenta mirada de ASTREA, el poder judicial de la Tierra. Hacía años que no se enviaban operativos a Nova, era demasiado arriesgado. ASTREA nunca permitiría que alguien se inmiscuyera con el programa de los Rechazados. La opinión pública se los comería. Algo debía haber molestado de verdad a Los Cinco para que aceptaran aquella misión. Los incidentes en las manifestaciones tenían algo que ver. El rápido crecimiento de la población en El Nido era otro motivo.

Antes venía el primer último paso: debía arrebatarse una vida. Se le asignó un objetivo extraño e insignificante, pero ninguna muerte era escogida al

azar por la WUN. Tenía toda la información en la carpeta, el objeto que más muertes había predicho en la historia de la humanidad, pero no lograba descifrarla. Era una vida que, a simple vista, parecía una gota más en el río. ¿Quién la había escogido? ¿Por qué?

—Eres de las pocas personas que irán voluntariamente a Nova siglos después de la colonización y la guerra. ¿Qué más da tu objetivo o la forma en la que te condenen? El fin es el mismo.

Las elocuentes palabras de Rioc se arremolinaban en su cabeza, claras y concisas, pero no lo persuadieron. A él le importaba. Matar no era una simple transacción, lo había dicho muchas veces.

—La ética y la moral no existen, son agua en un vaso al servicio del que bebe. Déjalas atrás cuanto antes o Nova te comerá y escupirá tus huesos nada más aterrizar.

Y, por desgracia, tenía razón. Como siempre. Si tenía que cumplir con sus objetivos, si quería sobrevivir, debía dejarlo todo atrás. El mundo lo necesitaba. El mundo lo necesitaba a él. Y allí se encontraba, esperando a su objetivo en una calle desierta de las afueras de la ciudad. Hacía frío, extraño en aquella región del planeta, pero lo agradeció. El calor no le dejaba pensar con claridad. El frío era el pegamento que unía el cuerpo y la mente y los convertía en una hoja afilada. El arma perfecta para atravesar un corazón. Pronto daría su primer último paso. Su anillo vibró y el sutil sonido de una alarma llegó a sus oídos. Era el momento, empezó a caminar. Pronto el silencio que lo rodeaba se llenaría de sirenas y gritos.

—¿Sabes quién me detendrá? —Recordaba el silencio y amplia sonrisa de Rioc tras su pregunta. Eso lo dejó bastante claro—. Te expones demasiado.

—Los mejores escondites están a plena vista.

Había decidido usar su consejo, esperaría a que su objetivo saliera del almacén donde trabajaba. La ropa que llevaba lo ayudaría a camuflarse entre los trabajadores de la zona y en breve acabaría el turno de la tarde. Esperó pacientemente, la noche venció al día una vez más y la luna triunfaba sobre un cielo sin nubes. Esperó y esperó. Pero cuando el reloj marcó la hora acordada, el silencio prevaleció. Era extraño, todo era muy extraño. No había visto llegar ningún transporte ni aeronave para buscar materiales o entregar mercancías en una zona donde, en principio, todo eran fábricas. Los pelos de la nuca se le erizaron, una gota fría le recorrió la espalda. Debía actuar, adaptarse, prevalecer. Atravesó la puerta sin vigilancia del recinto y caminó hasta una de las ventanas de la nave. Lo que vio dentro lo incomodó. En

aquella oscura sala iluminada por cuatro focos había centenares de personas. Todos se encontraban arrodillados en círculo, adorando y rezando en voz baja a una figura desnuda y arrodillada en un altar de madera. Y allí estaba su objetivo. El hombre se acercó solemnemente a la figura desnuda y posó la mano sobre su cabeza rapada. El sacrificio era un hombre joven, muy joven, que permanecía con los ojos cerrados y las manos levantadas.

Dio un paso atrás y sacudió la cabeza. Eso no era un almacén, era un templo. Y ese hombre era el líder. Todas las dudas que tenía acerca de su muerte se desvanecieron de inmediato. Ya se había enfrentado a gente así. Eran el producto de una sociedad dividida, sin esperanza, llena de temores y falta de líderes capaces de guiarlos. Alimañas, profetas y embaucadores.

Debía esperar a que el hombre estuviera solo, si eso era posible, o todo el plan se vería comprometido. Intentó pensar en alguna artimaña para arrastrar a esa muchedumbre fuera, separarlo del rebaño, aislarlo para que fuera una presa fácil, pero ninguna idea le parecía lo suficientemente buena. Los gritos y vítores que se oyeron por doquier le facilitaron el trabajo. Los sectarios salieron de la nave cantando palabras inteligibles y cargando encima de sus cabezas la figura desnuda. Pero no estaba muerto. El chico que antes reposaba en el altar parecía estar extasiado, feliz y rebosante de energía, mientras lo cargaban fuera de la nave y calle abajo en dirección al río. Se mezcló con la gente e intentó localizar a su objetivo, pero no estaba entre ellos. Retrocedió y volvió hacia la nave para acabar encontrándolo sentado en el altar. El hombre parecía débil y cansado, como si toda su fuerza se hubiera marchitado y no pudiera andar. Tenía una extraña cicatriz en la coronilla y marcas de quemaduras en los brazos.

Al oírlo llegar levantó la cabeza y lo miró.

Era ahora o nunca.

Sus ojos se encontraron, su corazón se aceleró.

Matar a alguien en el calor de la pelea era una cosa. La sangre hervía y la adrenalina asistía a tus movimientos. Pero a sangre fría, a alguien que no conoces, de manera premeditada; eso era otra cosa. Uno tenía que estar hecho de otra pasta.

O haberlo hecho antes, como él.

No ofreció resistencia, estaba demasiado débil para eso. Lo cogió del cuello y con un rápido movimiento le abrió un nuevo agujero en los pulmones. Odiaba a esos fanáticos religiosos, no entendía por qué Rioc se

lo había ocultado. Debería haberlo rematado, pero no quiso. En vez de eso dejó que la sangre lo fuera asfixiando lentamente, minuto a minuto, segundo a segundo.

Buscó algo de valor en sus pantalones y chaqueta; debía parecer un robo mal ejecutado. Era algo muy común entre los adictos de la zona —ocurría a diario— y por eso debía volverse uno de ellos. Cogió la pastilla que le habían proporcionado en el cuartel y se la tragó. Los efectos eran casi inmediatos, así que debía coger todo lo que tuviera ese hombre y salir de allí. Le agarró la mano y encendió su anillo interactivo para ver si tenía fondos que pudiera transferirse. Lo primero que apareció lo dejó impactado. Aquel desgraciado tenía fotografías de niños, adolescentes y mujeres por todas partes. Sus nombres estaban anotados, también sus direcciones y algunos comentarios sobre ellos. Se hubiera sentido asqueado si no fuera porque algo eclipsó su descubrimiento. Había un nombre que ya había visto antes.

—Demasiada gente. No podré controlarlos a todos —comentó cerrando la última carpeta.

—Quieren mover todas las piezas y por eso fracasarán. Debemos ser prácticos, céntrate en los nombres marcados y elimina cualquier carga innecesaria.

—¿Y este? —Rioc había añadido un único nombre con lápiz en aquel documento de la WUN que en breves reducirían a cenizas.

—Está con nosotros, sabe su papel en todo esto. No será una carga.

—¿Y lo que hemos averiguado durante todo este tiempo? ¿Sabe eso también?

—Lo esencial, nada más. Demasiada información te causaría problemas a ti y a la misión. —Rioc hizo una pausa extraña. Normalmente, no había forma de interrumpir sus soliloquios filosóficos y cavilaciones en voz alta. El muchacho ladeó la cabeza y, tras unos segundos, sus miradas se cruzaron. Sus ojos volvían a brillar, la llama se había reavivado en su interior—. Pero, si quieres volver, ella es la clave de todo esto. La necesitas hasta el final, viva o muerta.

Los gritos lo volvieron a la realidad. Los trabajadores lo habían descubierto y las autoridades no tardarían en llegar. Se había entretenido demasiado, la pastilla ralentizaba sus reflejos. Era impresionante lo que las drogas podían hacer. Se sentía bien, demasiado bien, a pesar de que acababa de acuchillar a un hombre a sangre fría. Transfirió los pocos fondos que tenía y destruyó

el anillo. Estaba listo para irse, pero la pastilla era muy fuerte y nublaba su vista, frenaba sus pies, le tensaba la espalda. Sentía que no podía dar un paso al frente, estaba atascado, el mundo giraba. Empezó a sudar, no le gustaba esa sensación, estaba expuesto. Miró al suelo y vio la moribunda mano del hombre agarrada a su tobillo. O tenía una fuerza impresionante, o quizá iba muy drogado, pero podía sentir sus esqueléticos dedos clavarse en su carne. Luces extrañas iluminaron la nave, recriminaciones y gritos navegaban las frías corrientes nocturnas y amarraban en sus oídos. Podía sentir el aire a su alrededor. Era líquido, denso y pastoso. El hierro se acumulaba en su boca. Estaba de rodillas en el suelo, oía al hombre respirar pesadamente, su vida se vertía en el frío suelo de cemento.

Levantó la cabeza y reconoció una cara. Rioc estaba de pie delante de él, acompañado de cinco hombres uniformados. Le miró a los ojos, pero el chico no le devolvió la mirada. En lugar de eso, dio un paso adelante y se arrodilló frente al sectario que tenía al lado. Y en aquel momento el chico susurró:

—Dulces sueños...

La última palabra que escuchó proveniente de la boca de Rioc antes de que todo sucediera tal y como habían anticipado —su arresto, las interrogaciones, el juicio, el Nido y su exilio en Nova— hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Lo dejó pensando en si todo esto había sido un error. Lo dejó pensando en sí realmente sabía donde se había metido y, lo que era más importante, con quién.

—... papá.



El niño

—Do you know what a Borsalino test is, boy?!¹ —La cápsula crujía y temblaba con ferocidad, las luces tintineaban a cada sacudida—. ¡Contéstame, maldito niñato! —gritó el preso, escupiendo por todos lados y sonriendo, revelando una hilera de dientes amarillos y negros.

—¡No puede hablar, imbécil! Cállate de una vez —Crespo lo defendió, estaba sentado delante de él y justo a la derecha de Trup.

—Ooooooh el niñito no puede hablar..., ¿qué pasa, Crespo?, ¿le has comido la lengua mientras os besabais en la celda? —Hablaban con un acento muy marcado y soltó una carcajada que resonó en toda la cápsula—. No te preocupes, chico. En cuanto aterricemos, ¡yo me aseguraré de que hables!

1

¡¿Sabes lo que es un test de Borsalino, chico?!

Tenía una voz irritante, el rostro anaranjado y maltrecho, inequívoco de una vida conflictiva. Era con toda probabilidad el individuo más peligroso a bordo de la Nova 124 y, encima, parecía estar obsesionado con él.

Unas lágrimas le cayeron por sus mejillas. Aunque todos estaban atados de manos y pies, las discusiones y enfrentamientos eran continuos.

¿Por qué a mí, por qué estoy aquí...?

Las lágrimas no paraban de brotar de sus ojos, Trup seguía insultándolo, humillándolo... No podía aguantar más con la presión de esa angustiante situación que solamente había empezado. En un arrebato se inclinó hacia delante y le escupió en la cara. Su reacción fue la esperada, la cara pasó de naranja a rojo vivo y empezó a vociferar como si de un animal con la rabia se tratara. Llamó la atención de los guardias que se acercaron con las porras en las manos.

—Como no os calléis, os juro por mi madre que os mataré a los dos, ¿jntendido!?

Trup replicó con desdén, sabiendo lo que le esperaba si no lo hacía. Pero él no lo tenía tan fácil. Levantó la cabeza y se limitó a asentir, esperando que el guardia estuviera de buen humor. No salió como esperaba. Nada salía como esperaba.

—¿Eres imbécil o es que te tendré que sacar las palabras de la boca, niñoato? —preguntó el comandante de la nave acercándose a él con la porra en alto, listo para propinarle el primer golpe, pero una voz sonó desde detrás de él—.

—¡No puede hablar imbécil! ¿Acaso no te has enterado? ¡Eres un gordo hijo de puta! ¡Déjalo en paz! —gritó un hombre desde la parte trasera de la nave.

Encolerizado como no lo había visto nunca, guardó la porra en su cinturón y se fue caminando hacia la fuente de los insultos.

—Doctor, doctor, doctor, —empezó el guardia en voz alta. —Creo que no te das cuenta de la situación.

Pero eso era imposible, todos sabían bien lo que iba a pasar. En unos minutos iban a ser soltados en esa roca perdida en el espacio y, si por suerte sobrevivían al aterrizaje, lo único que les esperaba allí era una manera aún más divertida de morir.

La cápsula se mantenía en silencio, aunque todos sabían a dónde se dirigían: el infierno.

—Sois la basura de la humanidad y yo soy el basurero —apuntó Clemence con dureza—. A partir de hoy, desgraciados, quedáis renegados de la Tierra y de cualquier derecho fundamental que se os aplicaba como terrícolas. Hoy la sentencia será llevada a cabo: vivir como ratas, jen un mundo de monstruos!

Aquellas palabras se le clavaron como cuchillos. Empezó a temblar, el pánico y el miedo se apoderaban completamente de su cuerpo.

El doctor empezó a hablar de nuevo, para entonces él ya estaba sollozando.

—La única rata que hay aquí, Clemence —le dijo este entre risas—, eres tú.

El guardia soltó una carcajada y, seguidamente, el sonido de puñetazos inundó la cámara.

La culpa le invadió. Lo único que se oía en la sala durante esos minutos eran los jadeos del preso y los golpes del carcelero. Los demás guardias se reían y comentaban las reacciones de la víctima. Él no paraba de sollozar, el pánico lo invadía y le faltaba el aire. No pudo contener su malestar y se revolvió en la silla.

—Chico, —dijo una voz delante de él—, cálmate.

Levantó la cabeza y vio a Crespo esbozar una leve sonrisa. Su amigo, el único amigo que tenía en ese sitio, y la persona que le había enseñado tanto en los últimos meses. Cerró los ojos otra vez y empezó a respirar hondo, pausadamente, controlando las lágrimas y los espasmos. En unos minutos su cabeza estaba más despejada y volvió a abrir los ojos para volver a encontrarse a Crespo con la misma sonrisa y asintiéndole con la cabeza.

—Eso es, intenta serenarte —apuntó el hombre con voz calmada—. Recuerda todo lo hablado, niño, morirás igual, concéntrate, cálmate, y lo único que debes tener ahora en mente es tu plan.

El plan, pensó. Recuerda el plan. Aterrizar, recoger y correr.



Magnus Sørensen

No podía ver lo que ocurría —su asiento estaba en la primera fila de la nave— pero a juzgar por sus previas experiencias, el sonido que venía de la parte trasera era el de una paliza. Se dispuso a hablar, pero la imagen que se le presentó delante hizo que se contuviera. La nave no había cesado desde su curso desde la Tierra, adentrándose en un mar oscuro teñido por las estrellas difusas en el horizonte. En aquel momento, el gran portal emergió delante suyo.

—Suerte que pedimos ventana —dijo Magnus echando una pequeña sonrisa y mirando alrededor, pero nadie lo escuchó. Todos contemplaban la majestuosidad del universo.

—The Tanhauser gate... fuck, this is actually real...¹ —dijo la mujer que se sentaba a su lado. Giró levemente la cabeza y la miró. A juzgar por su cara, la chica debería tener más o menos su edad, con una nariz pequeña y pelo rubio completamente alborotado y sucio. Sus ojos pequeños dejaron

1 La puerta Tanhauser... joder, es de verdad...

salir un ligero hilo de lágrimas que cayeron por su mejilla hasta su jersey verde.

Magnus volvió a girar la cabeza y contempló más detenidamente el portal. Era inmenso y redondo, de un color rojizo en los bordes que se diluía a medida que convergía en su centro, dando paso a tonos morados hasta convertirse en negro. Un negro tan profundo que le pareció el reflejo de la mismísima muerte. Pequeñas chispas y rayos salían del centro expandiéndose hasta los bordes. Daba la sensación de que todo giraba a su alrededor en una espiral eléctrica. Cada vez que la nave se acercaba más al portal, las vibraciones y turbulencias aumentaban con ferocidad. Todo a su alrededor quedó inundado en crujidos y pitidos hasta que, en el momento en que su ventana se sumergía en el punto de máxima oscuridad, todo paró. Un silencio sepulcral tomó las riendas de su mundo y toda luz fue negada a su alrededor.

—Joder —dijo en esos segundos en que, si no fuera por su respiración, hubiera pensado que estaba muerto. Entonces, las estrellas volvieron a aparecer en la ventana. Todas las luces de la cápsula volvieron a parpadear, seguidas de pitidos y vibraciones. *Nova...*

—¡Gordo cabrón! —dijo en voz alta mientras observaba el planeta que se extendía frente a la nave. *Esto es muy emocionante*, pensó—. ¡Dejadnos bajar ya, hijos de puta! —intentó llamar la atención de alguno de los guardias.

—¡Me cago en la puta, Magnus! —gritó Clemence—. ¡¡Te voy a destrozar!!

Los pasos del carcelero se acercaban rápidamente hacia él. No tenía ganas de recibir otra paliza y menos sabiendo que necesitaría todas sus fuerzas para las próximas veinticuatro horas en cuanto aterrizaran; aun así, poder insultar a ese desgraciado por una última vez no tenía precio.

—¡Claro que sí, puto gordo! —se mofó—. ¡Y trae a tu mujer! A ver si como un poco más de vaca antes de aterrizar, ¡cornudo imbécil!

El grueso carcelero se situó delante de él, alzando la porra por encima de su cabeza. Sus nudillos, aún manchados de sangre de la paliza que estuvo propiciando a algún pobre desgraciado de la parte posterior, apretaban con fuerza la barra de madera pintada de negro. Pero, en el

momento en el que se disponía a lanzar el largo palo hacia su cabeza, un fuerte temblor sacudió la cápsula. Todos se volvieron hacia la ventana para ver qué ocurría.

Nova seguía delante de ellos, inamovible e imponente, pero otra de las naves que transportaba cápsulas llenas de rechazados apareció dando giros sobre sí misma. En su parte superior se había abierto un agujero del que salían llamas, componentes y personas.

Antes de la explosión final, pudo ver desde su ventana el cuerpo de un rechazado flotando en la inmensidad del espacio, dirección a ellos. Todo el entusiasmo que había podido infundirse en la Tierra desapareció. No pudo evitar pensar en quién debía ser ese pobre diablo, esa persona que, como él, había sido rechazada por el mundo y enviada allí a acabar sus días.

Los guardias empezaron a correr entre gritos hacia la trampilla de subida a la nave principal. Entonces se oyó un ruido proveniente de la compuerta; aquello significaba que los anclajes de la cápsula se habían separado. El módulo se inclinó hacia delante y empezó a descender rápidamente hacia el abismo.

—Igual que un parque de atracciones, —murmuró con tristeza. Levantó los brazos, cerró los ojos y se entregó a la velocidad y adrenalina del descenso.



Marta Clavé

Estar allí sentada, atada de pies y manos, sin poder hacer nada mientras contemplaba la brutal paliza que Jack había sufrido a escasos metros de ella, la ponía de los nervios.

Maldita sea, pensó mientras el carcelero detenía sus golpes y se dirigía hacia el frente de la nave. *Apenas podrá caminar en cuanto aterricemos...*

Escudriñó a su alrededor una vez más, repasando el plan antes de que empezara el descenso. La nave tenía forma rectangular con dos salidas en cada uno de los laterales que se abrirían justo después del impacto. Tenía que dirigirse a la salida más cercana, que era la que le quedaba dos metros por detrás de su asiento. Si Jack estaba aturdido por la paliza, sería más fácil convencerlo de que se fuera con ellos. Volvió a mirar a su alrededor y localizó a su compañero. Paulo se encontraba a cuatro asientos a su derecha, lo que les iba perfecto para ir rápido a recoger a Jack y luego salir corriendo. Eso era todo lo que tenían que hacer.

Se adelantó todo lo que pudo para establecer contacto con Paulo mientras los guardias abandonaban corriendo y gritando la cápsula. Observó

que estaba tenso, apretaba la espalda contra su asiento y tenía los ojos cerrados.

—¡Paulo! —gritó mientras la nave empezaba a inclinarse hacia delante, acelerando su descenso cada vez más.

El hombre sacó la cabeza hacia adelante como si lo acabaran de despertar de una pesadilla en la que llevaba horas sumergido. Giró lentamente la vista y la miró a los ojos esperando algún tipo de comunicación. Con la cabeza, ella señaló la situación de Jack, abatido después de la paliza, para que se diera cuenta de su estado. Paulo se levantó ligeramente y miró hacia dónde se encontraba Jack, se giró hacia ella y asintió guiñándole un ojo.

Bien, se alegró esbozando una sonrisa.

Volvió a reposarse en su asiento justo a tiempo para que la velocidad terminal del descenso no la tomara desprevenida. Cerró los ojos, apretó los puños y siguió repasando el plan desde el principio, mientras los demás reclusos gritaban, algunos de miedo y otros de emoción, ante el brutal aterrizaje y la nueva vida que les había tocado vivir.

—¡Estamos dentro! —exclamaron los presos de las ventanas.

Ya se acerca la hora, pensó tensando todo su cuerpo y preparándose para la batalla que estaba a punto de comenzar.



Jack Darner

No podía abrir los ojos. El sabor a hierro y sal mezclados le llenó la boca y recorrió su seca garganta. Sentía que la cabeza le iba a explotar. Tenía los párpados hinchados de los golpes y apenas podía levantarlos para ver nada. Fue guiándose por los sonidos que oía; el momento se acercaba. La ignición de los motores, el movimiento de la cápsula, las conversaciones de los demás reclusos mientras se acercaban inexorablemente hacia su destino.

En esos momentos finales no podía dejar de pensar en su vida. Todo lo que había hecho y todo lo que no había hecho. Le parecía una manera digna de morir y, la verdad, lo prefería. Desde el día de la sentencia había anhelado la muerte.

Sus días en la celda se basaron en una constante degradación personal. No pudo dejar de pensar en todo el daño que había causado, juzgó a diario cada uno de los actos, buenos y malos, que había realizado durante su vida. Por eso, en cuanto el final del primer tramo se acercaba, no quiso seguir adelante. Sabía que lo único que le esperaba en el camino a seguir eran

más luchas, más desgracias, más sufrimiento... y estaba cansado. Estaba cansado de vivir una vida basada en el dolor y el conflicto.

—¡Entramos en la atmósfera! —gritaron desde las filas laterales—.

El momento había llegado. No veía nada, pero podía sentir la velocidad de la cápsula aumentando mientras descendía a través del espacio, adentrándose cada vez más en lo desconocido, cada vez más hacia su destino.

La cabeza le iba a estallar. No sabía si era por la paliza, por el descenso vertiginoso, o por la cantidad de pensamientos que fluían por su mente. Intentó enderezarla, pero le dolía demasiado. Se quedó en su posición mientras oía los gritos y voces de los demás presos.

La velocidad de la nave empezó a disminuir mientras desde los laterales iban comentando donde estaban. Al parecer, el sistema de frenado estaba funcionando bien. Faltaba ver si los paracaídas también lo harían.

Ojalá no se abran, pensó mientras su cabeza se nublaba y se dirigía sin remedio a un desmayo. *Ojalá ardamos todos...*



El niño - Capítulo 1

Aterrizar, recoger y correr. Aterrizar, recoger y correr, aterrizar, recoger y correr, aterrizar, recoger y correr...

La velocidad ya había disminuido, los paracaídas se habían desplegado tal y como estaba previsto. Mantenía los ojos cerrados con fuerza.

Tengo que ser rápido, pensó. Muy rápido para salir el primero de aquí.

Desde las filas delanteras, algunos describían lo que veían durante la caída. Describían el suelo hacia donde se dirigían. Bosque a un lado y planicie al otro, hasta donde alcanzaba la vista. Iban derechos a tierra de nadie, un sitio abandonado del dominio humano de donde él no sabía nada. Intentó concentrarse en los movimientos que debería realizar una vez las cadenas se abrieran: levantarse, recoger la mochila, correr con Crespo hacia la puerta más cercana que tenía a su derecha y perderse en el bosque.

Una ola de calor le invadió. La adrenalina lo inundaba y no podía parar de mover las piernas, esperando el momento de la liberación. El murmullo de los demás presos era cada vez mayor. Se acercaba su primera

batalla por la supervivencia en Nova y solo contaban con una mochila, un jersey y un cuchillo. La lucha por conseguir más provisiones, los ajustes de cuentas, las prisas por salir, todo se iba a juntar en un mar de violencia donde serían afortunados si la mitad sobrevivían. Eso le había explicado Marshall, y él sabía que era cierto. Por eso tenían que ser los primeros en salir de allí, para no verse involucrados en la matanza que iba a suceder.

De repente se hizo el silencio.

Solo se escuchaba el leve pitido de una señal de alarma.

En breves momentos sus cadenas se abrirían al unísono y todos serían libres. Pero para su mayor sorpresa, los grilletes de sus pies se abrieron de golpe, seguidos por los de sus brazos. Se quedó mirando sus manos, sorprendido. Era el primer liberado en Nova. Los demás no tardaron en gritarle, maldecirle y amenazarle.

—¡Chico rápido! —gritó Crespo mientras él seguía de pie, absorto, contemplando su alrededor—. ¡¡Coge la mochila y vete ya!!

Aterrizar, recoger y correr, las palabras le vinieron como una ola golpeando un arrecife. *La mochila. ¡Coge la mochila!* Se agachó y metió la mano debajo del asiento donde tenía la mochila guardada desde el inicio del descenso, agarró la tira lateral y se la colgó en las espaldas. Se giró y, justo en el momento en que realizaba el primer paso para ir a liberar a Crespo, un segundo pitido sonó y miles de clics se oyeron por toda la sala: eran todos libres.

Fue el segundo más lento de su vida. Un instante de completo silencio engulló todo sonido en el universo.

Y acto seguido, el infierno se desató.

Con una velocidad vertiginosa, Trup se levantó y abalanzó hacia él. El resto de los presos gritaban, se empezaron a oír golpes por todos lados. El pánico lo invadió y se quedó paralizado, pero Crespo saltó e interceptó a Trup antes de que lo alcanzara. Ambos cayeron al suelo y empezaron a forcejear brutalmente. Aunque Crespo era un buen luchador, ya tenía sesenta y cinco años de edad y Trup era más joven y robusto, contaba con una clara ventaja. Dio un paso al frente para ayudarlo, pero Crespo gritó.

—¡¡Corre!! ¡¡¡¡¡¡¡CORREEEEEE!!!!!!!!!!

Nunca había sentido tanto miedo. El suelo estaba lleno de cadáveres acuchillados y cabezas aplastadas por la marea de pies que corrían de un lado a otro intentando salir. Se oían gritos, puñetazos, sollozos, e incluso violaciones. Sintió náuseas. Era un baño de sangre. Los presos de su fila empezaron a correr empujándole por detrás hacia la salida. Se dejó llevar por la corriente de manos y brazos mientras observaba cómo Trup le propinaba un puñetazo a Crespo, dejándole la cara ensangrentada. Una ráfaga de viento le acarició suavemente la cara, dándole a probar la primera bocanada de aire de Nova. Estaba en el exterior.

Fuera los presos seguían luchando por conseguir más provisiones y algunos corrían en grupos hacia el bosque o la planicie.

¡Corre idiota, corre!

Agarró fuerte la mochila a su espalda y echó a correr.

Y corrió; corrió como nunca había corrido en su vida, saltando cadáveres, esquivando peleas, adentrándose en el bosque y perdiéndose en la inmensidad de lo que ahora en adelante debería llamar su hogar.



Magnus - Capítulo 1

—¡¡¡Vamos!!! —siguió gritando hasta que los paracaídas ralentizaron la caída y aterrizaron casi con suavidad en el suelo de Nova. *Venga Magnus, vamos, vamos, ¡Vamos!* Se repitió con fuerza mientras la adrenalina le daba otro subidón. El infierno se desataría ante ellos.

Miró a los lados y vio que la mayoría de los presos que estaban cerca de él se encontraban o bien con los ojos cerrados, o bien tan agitados como él. El silencio se cernió en la sala. Unos pitidos y la respiración pesada de los presos eran los únicos sonidos. La calma tensa que gobernaba anunciaba la inminente masacre, juntamente con los gritos que empezaron a escucharse en la parte trasera. Los miles de clics que resonaron por la cápsula fueron el pistoletazo de salida.

—Joder. ¡Joder! —gritó sin poder contenerse.

Se levantó lo más rápido que pudo y recogió la mochila que tenía debajo del asiento. Los gritos, golpes e insultos empezaron a llenar toda la cápsula.

—¡Dame eso! —gritó el preso de su lado en el momento en que intentaba arrancarle la mochila de entre las manos, logró librarse de él con un tirón fuerte y un empujón tumbándolo al suelo.

Acto seguido se giró y corrió hacia la salida de la cápsula, que iba vaciándose con rapidez. Varios grupos de rechazados patrullaban las hileras de sillas y recogían mochilas o ropa de sus víctimas. Intentando no llamar la atención, se deslizó pegado a la pared del lado y se dirigió hacia la puerta.

—Get that punk!¹

No le hizo falta girarse para saber que iban a por él, corrió hasta salir de la cápsula con la intención de perderse por donde fuera que estuviera. Una vez fuera contempló la imagen que le aguardaba. Un bosque teñido de tonos verdes y marrones se extendía en profundidad hasta dónde le alcanzaba la vista. Por el lado contrario, una planicie que se extendía rocosa y árida.

Una mano lo agarró por la capucha del jersey y tiró de él hacia atrás. Dio un puñetazo a la primera persona que vio, un hombre pelirrojo. El chico recibió el puñetazo con sorpresa y lo soltó. Magnus se dio la vuelta e intentó correr hacia el bosque. Sin embargo, antes de poder hacer nada más, unas manos lo agarraron y tumbaron al suelo. Un grupo de por lo menos siete rechazados, cuatro de los cuales eran mujeres, se postraron ante él con cara seria.

—Tie him up, we will decide later how we manage the walk,² —dijo una de las mujeres al hombre al que le había dado el puñetazo.

El rechazado tenía la cara cubierta con pecas que resaltaban aún más con el jersey verde oscuro de los rechazados. Su golpe le había abierto una pequeña brecha en la mejilla. Los demás que se encontraban a su alrededor trasladaban provisiones de unas mochilas a otras y sacaban los cuchillos como defensa.

Con la ayuda de otro rechazado, el hombre lo giró boca abajo y empezó a atarle las manos con una cuerda fina. Se resistió todo lo que pudo y pataleó, consiguiendo liberarse de uno de los que lo sujetaba en el suelo,

1 ¡Coge al mocosito!

2 Por ahora átalos, luego decidiremos como organizamos la caminata.

poniendo una rodilla en el suelo para intentar levantarse. Notó cómo los demás lo inmovilizaban con más fuerza y uno le golpeó en la cabeza con algo duro. No lo dejó inconsciente, pero le dolió a rabiar. Se dejó caer en el suelo con miedo a recibir otro puñetazo que lo dejara inconsciente, pero entonces una de las mujeres habló.

—¡No te resistas imbécil! ¿No ves que te estamos haciendo un favor? —añadió entre las risas de todos los demás.

—¡Seguro! Me haréis el favor de comerme el culo. ¡¡Dejadme ir, hijos de puta!! —gritó con todas sus fuerzas mientras se revolvía en el suelo y seguía pataleando para que no le ataran las piernas—.

—Le cortaré la lengua, no la necesitará —añadió un hombre mientras le levantaba la cabeza agarrándole por el pelo y le miraba con una sonrisa—. Y si intenta escapar, le arrancaré los ojos.

—¿Dónde está la otra? ¿Dónde está esa zorra? —preguntó una mujer.

—Vosotros, id a comprobar el perímetro, ¡ya! Los demás nos reuniremos en el punto de control, el capitán debería estar allí. —dijo el hombre pelirrojo que lo sujetaba.

Estaba jodido, lo veía difícil para salir corriendo de allí. Finalmente, los rechazados consiguieron inmovilizarle las piernas y se las ataron con otro cordel fino. Magnus giró la cabeza y vio que ya casi no quedaban rechazados en la planicie, el viento soplaba con intensidad. Los gritos volvieron a llenar la planicie de nuevo.

Las manos que lo agarraban desaparecieron y, aprovechando la oportunidad, se arrastró con rapidez y consiguió ponerse de pie, solo para oír un ruido encima de él. Desde el cielo, una bola de fuego se dirigía justo a su posición. Empezaron a caer trozos de metal ardiendo en la planicie y algunos impactaron en el bosque, creando un mar de fuego al instante. Retrocedió todo lo que pudo mientras se aseguraba que tenía la mochila en la espalda, pero entonces el hombre pelirrojo volvió a abalanzarse contra él. Magnus se fijó en el moretón que le había ocasionado con su puñetazo, mientras siguieron forcejeando entre un mar de gritos y gente corriendo. Aprovechó un momento en que el chico parecía retroceder y le pegó una patada en la barriga que lo derribó. Iracundo, el hombre llevó la mano a

la espalda, sacó una pistola, y lo apuntó. Magnus cerró los ojos esperando oír el sonido de una bala, pero no ocurrió nada.

—What the fuck!³ —no pudo contener el grito. El rechazado estaba paralizado, con los ojos abiertos como platos y temblando ligeramente. Magnus intentó moverse aprovechando la distracción de su atacante, pero este rápidamente salió del trance y se abalanzó contra él. Forcejearon fuertemente hasta que el hombre pelirrojo lo tuvo amarrado al suelo. Magnus podía ver la cara de rabia y locura de aquel hombre, el cual se parecía más a un perro salvaje que a una persona. Parecía que iba a asfixiarlo y acabar con su estancia en aquel planeta.

—¡No lo hagas! —le gritó—. ¡Déjame ir y desapareceré! ¡No me volverás a ver jamás! ¡Te lo juro! —Y entonces, lo que nunca se había imaginado posible, sucedió. La cara del hombre pelirrojo cambió por completo, sustituyendo su mirada asesina por un ceño fruncido. Parecía que lo había hecho entrar en un pensamiento profundo. Sintiendo la flojera en su brazo, le pegó una patada en la entrepierna. El chico siguió mirándolo con cara de completa confusión, hasta que su ceño se frunció de nuevo.

Pero antes de que pudiera hacer nada, un segundo estruendo inundó la planicie y volvieron a llover piezas metálicas por doquier. Magnus se agachó para cubrirse, mientras que el pelirrojo fue alcanzado por una barra incandescente en el hombro. Mientras este gritaba y gateaba con un brazo para alejarse de la lluvia metálica, Magnus consiguió ponerse en pie y echó a correr en dirección al bosque con las manos aún atadas a la espalda. Se adentró en los árboles justo en el momento en que la explosión de los restos de metal que chocaban en la planicie inundaba el bosque con un estruendo ensordecedor, y a su lado, partes del bosque empezaban a incendiarse.

—¡¡Qué puta bienvenida!! —gritó, adentrándose aún más en el bosque, saltando ramas, troncos y maleza, y alejándose todo lo posible de aquel infierno.